

Reposo final

Francisco Calatayud se ajustó la corbata y se tiró del cuello de la camisa, asegurándose de que quedaba perfectamente moldeado. Se miró los puños de las mangas y procedió a cerrarlas por medio de los gemelos, extrayendo para ello una paciencia de la que hacía gala en demasiadas ocasiones, a pesar de que en su interior se sintiese como una olla a presión. Pellizcó deliberadamente el duro material dorado de los adornos, como si de esa forma pudiera transferirle parte de la agonía que llevaba dentro. Mientras se repeinaba como un maniquí antiguo, utilizando aquel peine pequeño que siempre llevaba en la cartera, trazando una línea que tanto su cráneo como el sol ya se sabían de memoria, pensó que, en el fondo, era una tontería continuar rumiando sobre detalles de poca importancia. A fin de cuentas, sus problemas pronto desaparecerían.

Francisco le sacó la lengua al espejo, y luego, para asegurarse de que no había restos inoportunos del desayuno, movió la nariz hacia ambos lados, provocando que su fino bigotillo se agitara. Una vez hecho esto, se sentó en el borde de la cama y se agachó para darle lustre a sus zapatos de charol, tan relucientes como las lentejuelas de un vestido de fiesta. Se incorporó, se estiró la parte de atrás de la americana y echó un último vistazo a su aspecto a través del espejo redondeado de la habitación. Por el rabillo del ojo atisbó la figura de su madre, tumbada en la cama con la mirada perdida en el techo y los brazos extendidos. Un fino hilillo de sangre le brotaba de la nariz y había ido a parar a su boca, confiriéndole el aspecto de alguien que hubiera comido fresas y no se hubiera limpiado después de terminar.

Calatayud bajó las escaleras de los tres pisos parsimoniosamente, peldaño a peldaño, sin encender el interruptor de la luz ni detenerse en el descansillo, silbando una melodía que conocía de sobra pero de la que, curiosamente, ignoraba el nombre. Se sentía extrañamente relajado, casi optimista. Se preguntó si aquella sensación obedecería a que por primera vez en mucho tiempo sabía exactamente lo que iba a hacer. A que había retomado las riendas de su destino, aunque fuera momentáneamente.

Ya en la calle se confundió con el ruido del tráfico, la armónica del afilador y la estridencia de varios niños corriendo por la acera con sus mochilas a la espalda. Era lunes por la mañana y la ciudad se encontraba en pleno apogeo laboral. Sorteando a un mozo que soltaba barriles de cerveza para su posterior traslado al bar de la esquina, Francisco

resistió la tentación de entrar a tomar un café «*con mucha azúcar, mamá*» y caminó calle abajo para adentrarse en la avenida principal. No supo por qué, pero por el camino se acordó de aquella vez en la que encontró la bayeta de la limpiadora en el portal. Alguien la había colocado con esmero entre las rejas de la puerta principal, para que la hallase fácilmente al día siguiente. Aquella trivialidad le había puesto de buen humor, porque le había parecido un bonito gesto, propio de personas civilizadas. Al llegar a casa se lo contó a su madre, pero ésta simplemente replicó:

— ¿Y cuál es el mérito? No es más que un trapo. Seguro que si llega a ser un billete de diez euros no lo dejan allí.

— ¿Es que acaso lo habrías dejado tú?—repuso entonces Francisco, alzando las cejas con incredulidad. Su madre abandonó su habitual expresión avinagrada y la reemplazó por una cargada de ofensa:

—Pues ya que lo preguntas, hace tres años me encontré con un billete de veinte euros en el suelo, y tuve la decencia —que otros llamarían ingenuidad— de preguntarle a una señora que pasaba por allí si era suyo. Ella respondió que sí, y yo, que soy una persona de mente sana, quise creer que decía la verdad. Aunque siempre me quedará la duda, por supuesto.

Francisco agitó la cabeza, apartando de él aquellos pensamientos. Su madre siempre se había tenido por una persona intachable, decente y honrada. Vivía pendiente del telediario, que criticaba sin piedad a la hora de la comida y de la cena, preguntándose por qué el resto del mundo no podía ser como ella. Sus preferidas eran las noticias que versaban sobre adulterios, escándalos públicos y desnudos. En sus cincuenta y nueve años de vida nunca había visto tanta desfachatez ni perversión juntas. Tal y como ella misma decía:

—Nunca pensé que viviría para presenciar todo esto. Si se lo hubieran dicho a mis padres, Dios me perdone, seguramente no habría venido yo a este mundo.

Si, la pelota azul se iba a la mierda. Sí, las cosas habían cambiado bastante desde los tiempos en que ella era una niña, pero desde que Francisco tenía memoria, recordaba a su madre como una mujer seria, que de lo mucho que estiraba la cara le habían salido dos arrugas verticales a ambos lados de la boca. La vida le había dado muchos reveses —su marido la había abandonado y sus hermanos habían muerto jóvenes a causa de

diversas dolencias—. Pero lo que sin duda terminó de agriarle el carácter fue el accidente de coche acontecido una década atrás, el cual la dejó para siempre en una silla de ruedas. De aquel siniestro había tenido la culpa Francisco, que no fue lo suficientemente rápido para esquivar una moto que había apareció de la nada un sábado por la tarde, después de venir del centro comercial. A su madre no le gustaban los coches y había sugerido hacer el viaje en tren, por lo que a partir de entonces tuvo que vivir con la añadida sombra del reproche pendiendo de su cabeza. A pesar de todo, Fernanda Márquez continuaba siendo la que llevaba los pantalones en la casa, la que ordenaba, limpiaba y cocinaba. Y no era porque Francisco no supiera hacerlo por sí mismo, sino más bien porque a su madre no le parecía correcto nada que no hubiera hecho ella misma.

— ¿Así es como limpias el suelo? Parece como si lo hubieses fregado a lametones. Se te ha vuelto a olvidar echarle sal a las lentejas; este potaje está incomible. Esas mangas ya están amarilleando: ¿es que la lejía está de decoración en esta casa?

De niño, Francisco había sufrido mucho por no poder salir a jugar con sus compañeros de clase, porque se tenía que quedar estudiando y ayudando en casa. Hijo único, creció con enfermedades inexistentes que constituían la excusa perfecta para sesgar sus impulsos infantiles:

—Hay andancias de varicela y paperas—le repetía su madre—. Hace frío y va a llover. La humedad debilita tus huesos, que no son una maravilla, precisamente. Los has heredado de la familia de tu padre, donde abunda el reuma.

Paquito reconocía los desvelos de su madre procurando ayudar en la medida de lo posible y sacando buenas notas, aunque éstas casi siempre eran recibidas con indiferencia:

—Los buenos actos deberían constituir la esencia de la conducta humana. No hay necesidad de premiarlos como si fuesen algo extraordinario—decía invariablemente.

Francisco Calatayud llegó hasta la estación de trenes y penetró en el recinto principal. Se acercó hasta una de las ventanillas y esperó hasta que le tocó su turno.

—Un billete, por favor—dijo con voz solemne a la vendedora.

Después de pagar, atravesó la estancia semi vacía y bajó las escaleras mecánicas. Sentado sobre el frío banco de la estación, consultó su reloj de pulsera y vio que iba un minuto adelantado con respecto al de la estación: quedaban poco más de cinco para que su tren hiciese acto de presencia.

No sabía cómo, pero poco a poco, Calatayud se había ido convirtiendo en un hombre de mediana edad a la que ninguna mujer convenía porque todas tenían faltas y eran unas frescas. Hijo único, se quedó a hacerle compañía a su madre, más que por devoción, por la fuerza de la costumbre. Después del accidente se sintió tan culpable que dejó que la psicología materna hiciese una profunda mella en él, adoptando la actitud de quien tiene que pasar el resto de su vida dedicado a una tarea que no ha elegido, pero de la que no tiene más remedio que hacerse cargo. Y un día de lluvia especialmente anodino, Fernanda Márquez soltó una frase lapidaria:

—Sin mí no sabrías desenvolverte en este mundo. Es menester que cuando yo me vaya, tú me sigas.

Francisco miró a su madre con aire ausente, con aquellas manos nudosas que tejían ganchillo a una velocidad sorprendente. Miró la canasta de mimbre donde reposaban varias prendas de vistosos colores para destinatarios inexistentes, porque no había nietos ni sobrinos a los que entregárselas. Fernanda nunca lo animó a casarse, y siempre evadió el tema. Para ella, su hijo constituía una propiedad intransferible por el mero hecho de haberlo llevado en su vientre y haberlo parido.

—Las relaciones cambian, pero una madre siempre es una madre—solía decir.

Y aquella mañana de lunes, a Fernanda Márquez se le había parado el corazón. Su hijo había hecho como todas los días el desayuno, pero su madre no salió a recibirlo al pasillo al percibir el olor del café, como era su costumbre. La noche anterior la había conducido a su cuarto en la silla de ruedas, y allí la encontró en camisón con los brazos estirados y una hemorragia nasal. Ignoraba lo que le había pasado, pero sabía que estaba muerta, así que se había vestido con sus mejores galas y había salido a la calle a cumplir con el último deseo de la difunta.

El tren llegó por fin a la estación, y Calatayud se levantó del banco. Se situó junto a la línea amarilla del andén, esperando dócilmente a que se detuviera y abriera sus puertas. Como un buen caballero, dejó que pasaran primero dos chicas por delante de él y luego se adentró en el pasillo buscando su asiento. Se arrellanó en la cómoda butaca y apostó el codo sobre el marco de la ventana, contemplando a un niño de unos cuatro años en brazos de su padre, saludando a través del cristal. El tren se puso en marcha con un silbido y pronto dejó atrás su pueblo, internándose en un invariable paisaje tapizado de verdín y muretes de piedra oscura.

Francisco se sorprendió pensando en su padre. Hacía años que no lo hacía, quizá porque la presencia de su madre era demasiado abrumadora como para dejar espacio para el resto de las cosas. Al igual que él, Fructuoso Calatayud había trabajado durante muchos años en una oficina, dedicado principalmente a la tarea de sellar papeles para empresas y a darle el visto bueno a diversas gestiones: *«lo malo y lo aburrido suelen heredarse»*, sentenció en una ocasión su madre. Había sido (o era, no lo sabía demasiado bien) un hombre reservado y silencioso, más pulcro que la media y que evitaba a toda costa las confrontaciones. Disfrutaba leyendo el periódico sentado en la butaca de orejas los domingos por la mañana, pero aquel pasatiempo le duraba poco, ya que su mujer siempre le encontraba alguna tarea que hacer:

—El ocio es mal compañero, y es obligación del esposo ayudar en casa cuando se le presenta la ocasión—decía.

Y Fructuoso asentía con la cabeza, con aquellas gafas enormes de pasta oscura que se ponía para leer, no se sabía si porque estaba de acuerdo o para evadir polémicas. Francisco lo recordaba tendiendo la ropa en el patio de luz con una pinza en la boca, o regando los ficus mientras examinaba cuidadosamente sus hojas, en busca de parásitos. Algunos días de lluvia se lo llevaba al museo o al cine. Procuraba que fuese los domingos, que era cuando su mujer se quedaba en casa viendo su programa de televisión favorito.

Calatayud tenía grabado a fuego en la mente la última vez que vio a su padre. Todavía era un mocoso que apenas sobresalía por encima del sillón, y se divertía tocándole la coronilla y escondiéndose detrás del sofá. Aquel día Fructuoso parecía más serio de lo habitual, como si estuviera dándole vueltas a algo en la cabeza, pero de eso Paquito no era consciente. En un momento dado su padre se levantó, se asomó al marco de la puerta de la cocina y dijo a su mujer:

—Salgo un momento; tengo que hacer una cosa.

Y Fernanda, arremangada hasta los codos porque estaba pelando patatas que después iba metiendo en un balde con agua para quitarles el almidón, le dijo:

—Muy bien, pero no tardes. Vamos a comer enseguida.

Y no volvió a verlo más.

Al principio pensaron que le había pasado algo, pero luego se supo que había dejado el trabajo una semana antes, y que faltaban algunas prendas del armario. Tras conocer

aquellos detalles, Fernanda apretó sus de por sí finos labios y adoptó aquel rictus severo que ya nunca se marcharía de su rostro. Jamás volvió a mencionar el nombre de Próspero Calatayud en la casa, y su hijo tampoco tuvo el valor de intentarlo.

El tren acababa de llegar a su destino, y Francisco se apeó y recorrió lentamente el andén. Sin mirar hacia ambos lados abandonó la estación y paró al primer taxi que se encontró:

—Al cementerio local, por favor—le indicó al taxista.

Llegaron en poco más de cinco minutos. Calatayud bajó del coche, pagó, dio las gracias y le deseó al conductor tuviese un buen día, porque aquellas eran las últimas palabras que iba a pronunciar.

Se adentró en el silencioso y nívoo camposanto y torció la esquina para alcanzar la zona de los panteones. Diversas figuras de ángeles plañideros y cruces celtas flanqueaban su camino, que concluyó cuando se dio de bruces con un panteón de dimensiones discretas, cuyo acceso se realizaba a través de una cancela metálica. Calatayud sacó una llave diminuta de su impoluto traje y la abrió.

En su oscuro interior aguardaba un ataúd de madera clara y brillante, al que enseguida se acercó para descubrir su tapa. Por un momento se quedó vacilante, contemplando el terciopelo de color carmín que forraba sus paredes.

Después, esbozando una sonrisa torcida, se metió dentro, se acomodó y cerró la tapa.